



DO 09/2016

16/11/2016

Doctor
Emilio Vizarratea Rosales

EL DISCURSO DEL ODIO

Lo que el ser humano no dice lo muestra. La posibilidad de expresar sentimientos o ideas constituye la vía del discurso, un poco más allá del lenguaje o el dialecto, un más allá de la voz, la escritura o el gesto. En el campo de la política y de lo político la jerga lingüística constituye el ser del sujeto que piensa o hace la política.

Asistimos al fin de una época post-guerra fría. En donde el predominio de una potencia en el escenario global, los Estados Unidos de América, tiende a encerrarse en sí misma y a dejar un espacio importante a otras potencias en el complejo tablero internacional. Rusia, China, India se asoman por encima del muro -jaula de oro que no deja de ser prisión-, que plantea aislar-separar a EU del mundo.

Diagnóstico que no se invalida por las múltiples repeticiones de la situación crítica que vivimos, escuchamos y que nos agujonea en el pensamiento y la acción.

Hemos sido receptores del mensaje que los sujetos del discurso en la elección estadounidense han manifestado. Las propuestas, los señalamientos, las críticas, los sentimientos y las ideas expuestas han permitido valorar los alcances y límites de los dos principales contendientes. De Hillary Clinton o Donald Trump. Por necesidad, interés o deseo, cada uno de los candidatos ha acumulado las filas de seguidores o simpatizantes. Si bien los resultados del voto popular han beneficiado a Hillary, los votos de los delegados lo han hecho con Trump. El sistema indirecto de elección ha favorecido al candidato republicano.

En la racionalidad discursiva, ambos candidatos con el mismo fin de obtener el triunfo y con medios discursivos distintos, en forma y contenido muestran la estructura, los procesos y los resultados de la manera de hacer la política de los dos en la situación norteamericana. Hillary mostró en los tres debates una formación y experiencia políticas mucho mejor que Trump. En campaña, el discurso de la demócrata siempre estuvo articulado con claridad y precisión, con una argumentación profesional sobre el qué y el cómo. En tanto que el discurso de Trump resultó errático, sin un formato organizado, no siempre verdadero, simplemente con la pretensión de un mensaje breve y sencillo, para un elector medio.

Hubo circunstancias distintivas y particulares en la historia de cada candidato, que encontraron eco en el electorado norteamericano y permitieron alcanzar la aceptación en sus respectivos partidos, en un voto duro fortalecido por dos tendencias encontradas, el apoyo del presidente Obama a su exsecretaria de Estado y la crítica hacia su opositor



partidario y, la incertidumbre y confusión que dejaba un mal sabor discursivo de Trump frente a ubicar quién era o podría ser el enemigo, ya fueran los mexicanos, los latinos, los negros, las mujeres, los empresarios ajenos a su idea de nacionalismo, el TLCAN, los supuestos y futuros aliados internacionales y todos aquéllos que no comulgan con su rosario de extravagantes ideas.

El resultado final de la elección ha dejado un mal sabor de boca, no necesariamente porque se hayan equivocado los estadounidenses o debido a la distorsión que puede provocar el colegio electoral de los delegados, o porque no sepan lo que hicieron, o porque votaron los más pobres o los que están en contra del *stablishment* o porque se han azuzado los demonios que ya andan sueltos, sino porque existe ese algo que no cuadra, ese discurso que a todas luces pervierte la realidad y prostituye lo establecido, para dar un salto hacia la nada.

Hubiese querido señalar que el **discurso del odio** no ha funcionado, que ha sido sofocado por su contraparte, el **discurso de la razón**. Esta hubiera querido que fuese una conclusión después de la elección de la presidencia en Estados Unidos. Que en la batalla discursiva entre Trump contra Hillary, hubiese triunfado el argumento racional, la propuesta, la mejor propuesta. Sin embargo, la derrota ocurrió, es visible cuáles elementos tuvieron mayor impacto para persuadir al electorado norteamericano.

Los hechos y dichos en que se expresó el discurso del odio, los ejemplos que se utilizaron, tuvieron referencia a México, sobre todo en la voz del actual presidente electo de Estados Unidos, Donald Trump. **No lo creímos, no lo tomamos en serio, hasta que se hizo realidad**. No podemos soslayar y pensar que eso fueron simples dichos en campaña y que en realidad, a la hora de gobernar, podría ser olvidado y borrado de cualquier proyecto a realizar desde la presidencia y la oficina del país más fuerte del mundo.

El discurso del odio se disfraza de un discurso que pretende engatusar a las mayorías, deviene en la modalidad del discurso populista. Así, el discurso del odio es también el discurso populista. No son sólo palabras, tiende a provocar acciones. Es un proyecto de un grupo que no quiere ser proyecto de nación. Va más allá del caso individual, de la personalidad del sujeto que lo encarna, busca compenetrar la conciencia endeble de los ciudadanos. Así se ha estructurado en un proceso que alcanzó pese a todo a un número relevante de electores que dan cuenta del resultado actual.

El discurso del odio es un discurso en contra de todo y a favor de nada, basado en lo emotivo, sin argumentos válidos, con la pretensión de confundir, apoyado en la ignorancia. Por eso se ha asociado al fascismo. El discurso del odio es muy cercano al viejo discurso fascista. Pone a la familia y a la sociedad en contra de ellas mismas. Tiene una vertiente maniqueísta que distorsiona la realidad, que la oculta, que ataca el *stablishment* social y político, sin proponer nada concreto, sólo alude a que sabe lo que está mal y tiene el remedio, pero no dice cómo resolver el problema. Es un salto al vacío, sin red de protección.



El **discurso del odio** va dirigido a confrontar unos a otros, personas con personas, grupos contra grupos, pone en contra de la sociedad, en contra del gobierno, en contra de los representantes o autoridades. Tiene una carga nacionalista que se vuelve la expresión xenofóbica hacia los demás países. Va en contra de toda autoridad. Pretende ser extremo, blanco o negro, ellos o nosotros. Es condenatorio y destructivo, es un maniqueísmo abierto. Tiende a atemorizar a los otros, pretendiendo ubicarlos del lado del eje del mal, de la mafia del poder. Acusa sin pruebas, demanda sin bases y establece una ruta que resulta aparentemente atractiva sin explicar el qué y el cómo y ni mucho menos el cuándo. Los ejemplos del muro en la frontera con México, la responsabilidad de categorizar a los mexicanos como delincuentes o que se llevan los empleos y negocios de los estadounidenses, claramente falso, le da una posición de una supuesta posición de poder, que quienes lo ven, con un deseo impotente de frustración, miran como objetivo y verdadero.

El **discurso del odio** es una muestra de coraje, impotencia y tiende a ser testimonial, con una selección interesada, utiliza la imagen más que el argumento, busca identificar las posiciones entre buenos y malos. Siempre mencionó que había que recuperar la grandeza de Estados Unidos, cancelar el Obamacare, beneficiar a los ricos por encima de la sociedad en general, la relación norteamericana en el tablero de la geopolítica mundial, sus relaciones sexuales, sus relaciones sospechosas con gobiernos y personajes conservadores, de extrema derecha, que atentan contra las libertades de los ciudadanos. Pero nada contó en la racionalidad electoral.

La situación nacionalista y proteccionista que distinguió el discurso (del odio) del candidato en campaña y del ahora presidente electo de EU, Donald Trump, parece permear la actividad de todas las naciones del mundo. Las principales bolsas de valores han caído, los mensajes de políticos derechistas, populistas o conservadores para felicitar el triunfo del candidato republicano han sido eufóricos en su ascenso, las manifestaciones de protestas, dentro y fuera del país del norte, tanto en marchas, medios de comunicación y redes sociales han crecido.

En las primeras reuniones y entrevistas, que Trump ha emprendido, tanto con Obama, con los medios, ha tratado de disminuir el impacto apocalíptico de sus anteriores discursos, minimizando, sin cancelar o corregir sus afirmaciones anteriores, sobre poner en la cárcel a Hillary, desaparecer el Obamacare, cancelar el TLCAN, hacer un muro en su frontera sur, norte para nosotros, expulsar a migrantes supuestos delincuentes, gravar con tasas impositivas altas y afectar la productividad de las empresas norteamericanas en el exterior y la de productos de importación, incluso en su posible equipo de transición, de entrega-recepción o de trabajo, es posible sostener un modelo xenofóbico y conservador.

Por ello, no es admisible la idea de que las afirmaciones hechas por el candidato Trump no serán confirmadas o llevadas a la práctica por el presidente Trump. Por ello se insiste que el no haber creído antes, el no tomar en serio sus aspiraciones, precandidatura, candidatura, hoy ha hecho realidad su presidencia.



Nadie desea un catastrofismo, ni minimizar la incertidumbre de posibles acciones presidenciales de Trump que atentarían contra el orden internacional vigente, sin embargo, no podemos mantener una actitud necesaria de defensa, de previsión ante la posibilidad de que ello ocurra, incluso a pesar de que hubiese un contrapeso en los otros poderes públicos o en los intereses de los corporativos financieros y comerciales de EU.

Además, necesitará llevar a cabo, en una u otra forma, algunas de las propuestas que hizo en campaña, para manejarse como un presidente que cumple y así mantener la credibilidad de sus electores y poder reelegirse dentro de 4 años.

Desde luego que el nuevo escenario obliga a repensar las características del desarrollo, interés y seguridad nacionales de cada país, de cada región del mundo. Valorar que podemos mantener, avanzar o recrear bajo la nueva circunstancia del país hegemónico.

La prevención, fundada en la prospectiva estratégica, en los escenarios posibles obliga a atender y desarrollar el mercado interno nacional, fortalecer las ventajas comparativas y escrutar los riesgos y amenazas de los nuevos personajes de la política norteamericana, de sus posibles acciones.

Habíamos dicho antes que ni Hillary ni Trump resolverían nuestros problemas, hoy lo ratificamos, lo que no hagamos los mexicanos por nosotros mismos nadie lo hará.

Para el caso de las **elecciones de 2017** en México y en particular en el proceso de **sucesión presidencial del 2018**, lo ocurrido en EU será de gran resonancia e impacto. El escenario que han mostrado los electores, las campañas, las estructuras, el proceso en general y los resultados electorales en nuestro vecino del norte, obligan a poner las barbas a remojar. El qué hacer y el cómo hacerlo, seguido del cuándo, se vuelven estratégicos en la realidad mexicana.

Repensar la relación México-EU, obliga no sólo a valorar en los temas cotidianos de intercambios comerciales, de avanzar en los acuerdos y tratados que se mantienen, sino también en los espinosos temas de la seguridad, la justicia y del respaldo y cooperación internacionales. México habrá de **revalorar sus estrategias de desarrollo, de seguridad nacional** y avanzar en la nueva inserción del escenario actual. El nuevo discurso gatopardiano está en proceso de articulación del futuro resultado esperado.